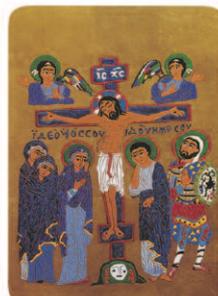
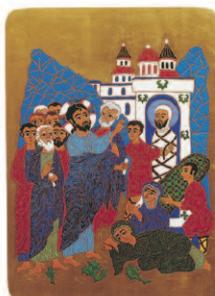
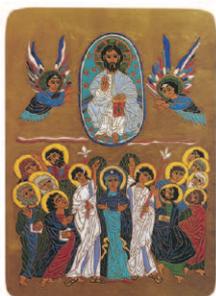
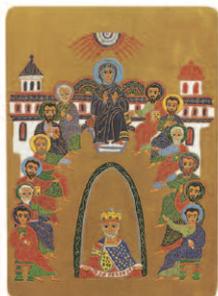
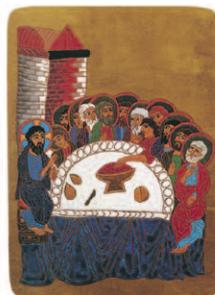
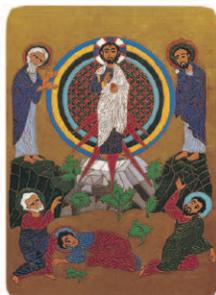
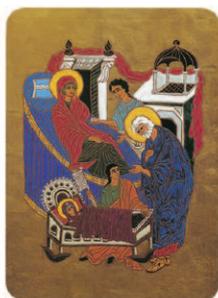




ORACIONAL de la Familia Mariannhill

Fascículo N.º 65
[APÉNDICE 5]



Cfr. CAPÍTULO I:
El Padre de todos los hombres [IV]

EL CAMINO DE LA FE

[Via Fidei]

El objeto de nuestra fe cristiana no son primariamente verdades reveladas, hechos salvíficos o cosas sagradas. Nuestra fe se dirige a Dios, comunidad de tres personas –Padre, Hijo y Espíritu Santo–, que nos ha amado. El amor de Dios y su benevolencia hacia nosotros es la razón última que nos lleva a creer en Dios.

La fe, por lo tanto, es la relación de amor y amistad, que se establece entre Dios y cada uno de nosotros. La permanente fidelidad de Dios a su alianza de amor hacia los hombres suscita en ellos una respuesta de amor hacia Él, cuya autenticidad se ha de verificar por la coherencia de nuestra vida.

QUIEN CREE, ACEPTA LA VERDAD

Los hombres necesitamos un punto de referencia que oriente nuestra existencia; necesitamos una sabiduría que dé sentido a nuestro vivir y nuestro morir; necesitamos un criterio orientador, que ilumine nuestros sufrimientos y alegrías, trabajos y esperanzas.

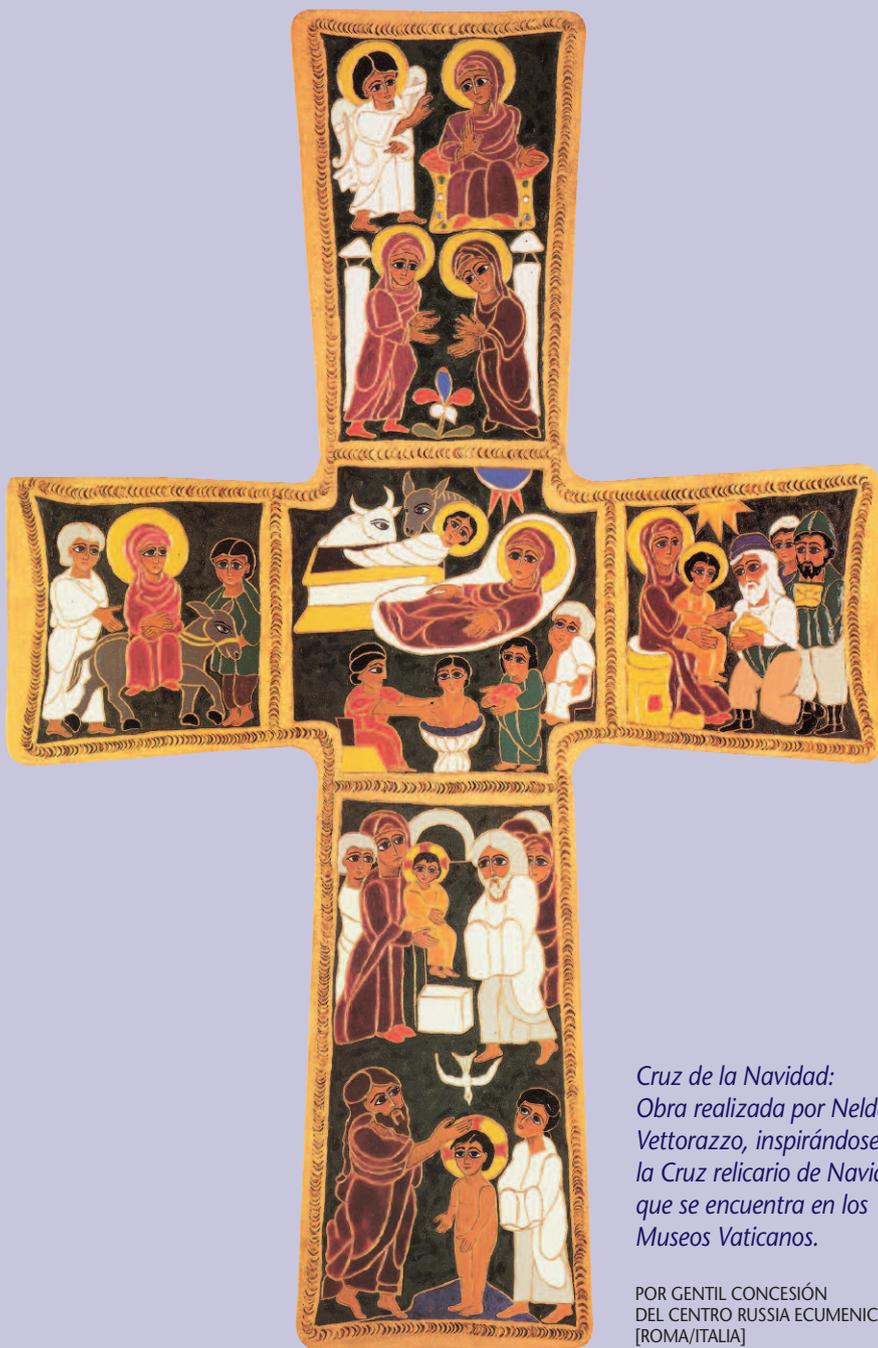
Los creyentes cristianos encontramos ese punto de referencia orientador, esa sabiduría cabal, ese criterio iluminador en Cristo, que dijo de sí: “Yo soy la verdad” [Jn. 14, 6].

Vivir en la verdad de Cristo produce seguridad y aporta estabilidad existencial. Es como saber que la casa de la propia vida está levantada sobre cimientos de roca y, si vienen tormentas, aunque zozobre, aguantará segura y firme. Optar por Cristo como verdad existencial es escoger el camino que conduce a la vida [cfr. Dt. 30: 15-20]. Los que siguen este camino son como árboles plantados junto a corrientes de agua [cfr. Sal. 1].

QUIEN CREE, CELEBRA LA SALVACIÓN

La fe en Dios, que es relación de amistad con él, se verifica como auténtica en la medida en que el creyente vive unido a Dios, participando de su vida mediante los sacramentos.

Ha sido Dios, quien por iniciativa suya, ha querido hacer partícipe de su vida al hombre. Por pura gracia de Dios la vida misma de Dios corre por las venas del alma del creyente. A éste le toca mantener, restaurar, fortificar, alimentar esta vida, recibiendo y celebrando los sacramentos de la salvación.



*Cruz de la Navidad:
Obra realizada por Nelda
Vettorazzo, inspirándose en
la Cruz relicario de Navidad,
que se encuentra en los
Museos Vaticanos.*

POR GENTIL CONCESIÓN
DEL CENTRO RUSSIA ECUMENICA
[ROMA/ITALIA]

El creyente cristiano sabe que en la medida en que, como sarmiento, permanece unido a Cristo, Vid verdadera, podrá producir frutos de vida [cfr. Jn. 15]. Unidos a Cristo, los creyentes podemos producir frutos, tales como: amor, alegría, paz, paciencia, castidad, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí. Separados de Cristo, otros son los frutos que producimos, bien distintos y contrarios a los primeros [cfr. Gal. 5: 19-23].

QUIEN CREE, GUARDA EL MANDAMIENTO

La autenticidad de la fe en Dios encuentra en la guarda de sus mandamientos, por parte del creyente, otra prueba de verificación.

Si la fe es una relación de amistad entre Dios y el creyente, juzgamos que los mandamientos de Dios, que son para nuestro bien y para nuestra salvación, son una prueba del amor que Dios nos tiene. Dios nos manda lo que nos manda, porque nos quiere. Los consideramos hermosos, sabios, justos y rectos porque son portadores del mucho amor que Dios nos tiene.

En consecuencia, la razón última que nos debe mover e impulsar a la hora de vivirlos y de llevarlos a la práctica es nuestra respuesta de amor hacia él. Cumplimos con lo que Dios nos manda porque le amamos. Por ello cuando no cumplimos con lo que Dios nos manda, nuestro dolor no se apoya en el hecho de haber quebrantado sin más un mandamiento, sino en que nuestra desobediencia es una prueba de nuestra falta de amor a Dios.

QUIEN CREE, ORA SIN DESFALLECER

El creyente, en cuanto amigo de Dios, mira por mantenerse en permanente comunicación con Él, haciéndole partícipe de las cosas de su vida. Cuando Dios ocupa en la vida del creyente el puesto que sólo a Él le pertenece, brota espontánea la oración. Hasta que no dejemos a Dios ser Dios en la propia vida no sentiremos la necesidad de orar. Cuando Dios venga a ser para los creyentes como el aire, sin el cual nos es imposible vivir, entonces nos sobrarán motivos para orar: adorándole y alabándole por ser Él quien es; dándole gracias por lo que por nosotros hace y por lo que nos da; pidiéndole perdón y ayuda desde nuestra pobreza.

El creyente sabe que primero ha de buscar el reino y la justicia de Dios, confiando que luego todo se le dará por añadidura. De ahí que el creyente no pueda ir a la oración para que Dios haga su voluntad sino para aprender a hacer la voluntad misma de Dios.

Con estas convicciones de fondo, el creyente cristiano no se preocupa de lo que va a decir a Dios ni de lo que le va a hablar, pues, al igual que el sol broncea con sólo exponerse a él, Dios le hace bueno con sólo estar ante Él en su presencia.



*Cruz de la Resurrección:
Obra realizada por Nelda
Vettorazzo, inspirándose
en modelos medievales
armenios y georgianos.*

POR GENTIL CONCESIÓN
DEL CENTRO RUSSIA ECUMENICA
[ROMA/ITALIA]

QUIEN CREE, SIRVE CON AMOR

Al lavar los pies de los suyos, Jesús les hizo saber que su misión era servir, dejándoles así el ejemplo para que no dejaran de lavarse los pies unos a otros. Atardecer tenso y solemne en el que Jesús ama a los suyos hasta el extremo, anticipando el gran servicio que iba a realizar al día siguiente, cuando en la feliz marea de su sangre preciosa, hombres y mujeres de toda raza, lengua, pueblo y nación, iban a poder blanquear sus túnicas.

Antes de volver al Padre, Jesús pedirá a los suyos que no dejen de servir por doquier el vino nuevo de la salvación. Los creyentes son enviados a servir. El mayor de los servicios que se puede prestar al ser humano es hablarle de Cristo, invitándole a aceptarle en la propia vida como salvador de la misma.

Y mientras hacen esto, no dejan de ir lavando los pies de los hombres a los que predicán este Evangelio, atendiendo sus necesidades primarias y fundamentales.

QUIEN CREE, EVANGELIZA CON ARDOR

Dios nos ha invitado a la mesa de la fe. No es de recibo que, amparándonos en mil excusas, le dejemos plantado con la mesa puesta. Si secundando la invitación, nos hemos sentado a la mesa de la fe, es de esperar que valoremos, estime-mos y apreciemos el alimento, del que tan abundantemente podemos disponer. No tendría sentido, pues, estar sentado a la mesa de la fe y no comer.

Por otro lado, debajo de la mesa de la fe hay muchos hombres y mujeres que, cual perrillos, ansían poder alimentarse con alguna migaja que cae de dicha mesa. Los que estamos sentados a ella nos vemos urgidos a hacer sitio junto a nosotros a los que están debajo. Cuantos más sean los que se sienten a esta mesa singular, tanto más fresco y reciente será el pan de nuestra fe.

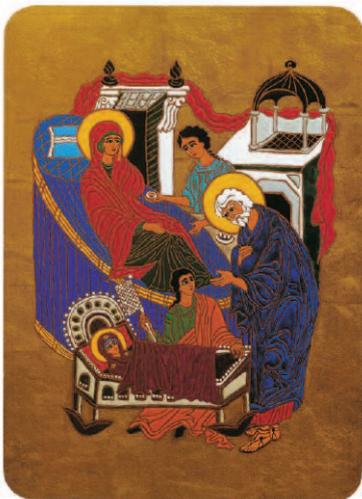
Se espera de nosotros, pues, que compartamos el pan de la fe con todos aquellos que tienen hambre de él. Es el mejor servicio que les podemos prestar y la mejor caridad que les podemos hacer.

P. Lino Herrero Prieto CMM

Misionero de Mariannahill

PRIMERA ESTACIÓN: MARÍA

© CENTRO RUSIA ECUMÉNICA [Roma/Italia]



A Joaquín y Ana les nació una niña preciosa, que llamaron María. Con el paso del tiempo esa niña vino a ser la Madre de Jesús, el mismo Hijo de Dios, y Madre también de todos los que seguimos a Jesús y formamos su Iglesia.

No te olvides de tu Madre, la Virgen María. En tu vida de fe, María no es un lujo superfluo ni un adorno superficial. María, como toda madre, es una necesidad. Si le das la mano, te animará a hacer lo que dice Jesús y te llevará hasta Él.

SEGUNDA ESTACIÓN: HOMBRE

© CENTRO RUSIA ECUMÉNICA [Roma/Italia]



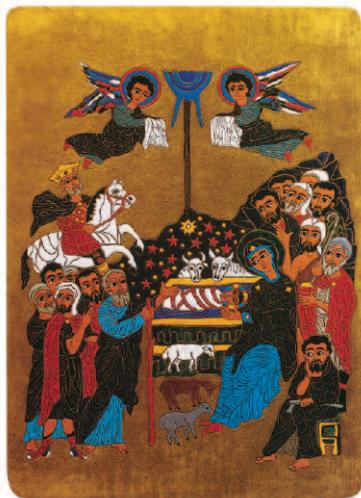
Dios llama a las puertas de la libertad de María para poder entrar como hombre en el mundo de los hombres. Y en ella Dios se hizo hombre con una carne precaria como la nuestra: en todo como nosotros menos en lo que nos degrada.

Se hizo como tú: débil, limitado, concreto. Y te marcó un ideal de humanidad: que vinieras a ser como Él. No se asusta, pues, de tus limitaciones. También te anima y urge para que des el máximo de tus posibilidades. Dios te toma en serio.

TERCERA ESTACIÓN: NAVIDAD

Una pareja de desplazados. Ella a punto de dar a luz. No encuentran sitio donde albergarse. Se refugian en un establo de ganado. Y se produce el milagro: Dios salta desde su trono a nuestro pesebre. Ángeles, pastores y sabios lo contemplan.

Quizás te hayas olvidado que esto es Navidad. Otros te dirán que Navidad es... Vamos a ser sinceros: Navidad es Dios llamando a la puerta de tu casa, porque quiere nacer en ti y compartir contigo la cena de la vida. Lo otro es otra cosa.

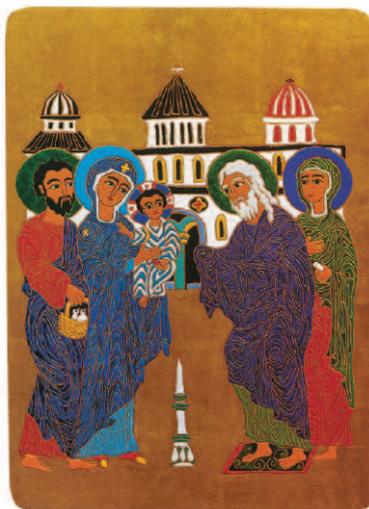


© CENTRO RUSIA ECUMÉNICA [Roma/Italia]

CUARTA ESTACIÓN: LUZ

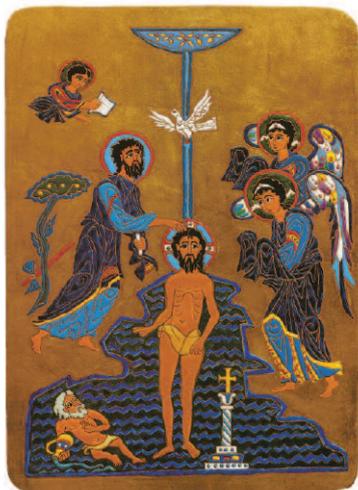
Niño todavía, Jesús fue presentado en el templo como luz de las naciones. Pasados los años, Jesús dirá de sí que es la luz del mundo. Las naciones del mundo necesitan de Jesús Luz, capaz de ahuyentar las tinieblas y caldear el ambiente.

Apróvechate tú también de Jesús, que quiere aportar luz a tu vida y calor a tu existencia. Luego, no escondas la luz recibida ni guardes el calor experimentado. Las naciones del mundo necesitan la luz de su verdad y el calor de su amor.



© CENTRO RUSIA ECUMÉNICA [Roma/Italia]

QUINTA ESTACIÓN: VOCACIÓN



© CENTRO RUSIA ECUMÉNICA [Roma/Italia]

Cuando Jesús fue bautizado en el río Jordán se revelaron cosas importantes sobre su identidad: que era el Cordero inocente de Dios, que venía a quitar el pecado del mundo, y que era el mismo Hijo de Dios, a quien el Padre amaba mucho.

Tú también fuiste bautizado. Aquel día te bañaste en la inocencia del Cordero, quedando perdonado, y el Padre del cielo te adoptó como hijo querido. Dios, que te ha soñado así, espera que su proyecto alcance en ti plenitud de realización.

SEXTA ESTACIÓN: FIGURA



© CENTRO RUSIA ECUMÉNICA [Roma/Italia]

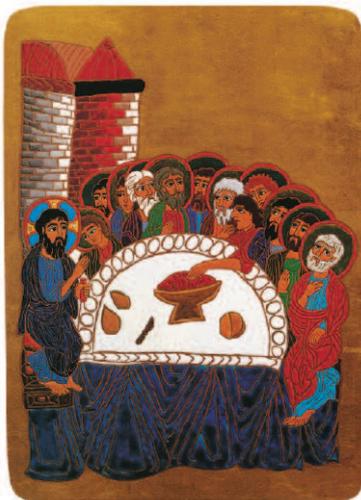
En un principio los amigos de Jesús pensaban de Él que era un rabino poderoso en obras y palabras. En lo alto de un monte Jesús permitió a tres de ellos asomarse al pozo de su ser y comprobaron que también era Dios de Dios y Luz de Luz.

El día de tu bautismo quedó impresa en ti la figura de Cristo. Quizá con el paso del tiempo se ha ido desfigurando. Nunca es tarde para empezar un proceso de transfiguración personal, que te lleve a quedar de nuevo configurado con Él.

SÉPTIMA ESTACIÓN: EUCARISTÍA

Genial invención divina: Jesús, escondido detrás del pan y del vino, se ha quedado para siempre con los suyos. Así de ingenioso es su amor. Sus discípulos le tienen ahora cerca y al alcance de la mano como alimento para el camino diario.

Quizá eres de los que piensan que la comunión es como un dulce para los días de fiesta o como un premio para los que son buenos. Pero Jesús se te ofrece en comida para que, aunque débil, puedas seguir siendo un buen discípulo suyo.



© CENTRO RUSIA ECUMÉNICA [Roma/Italia]

OCTAVA ESTACIÓN: RESURRECCIÓN

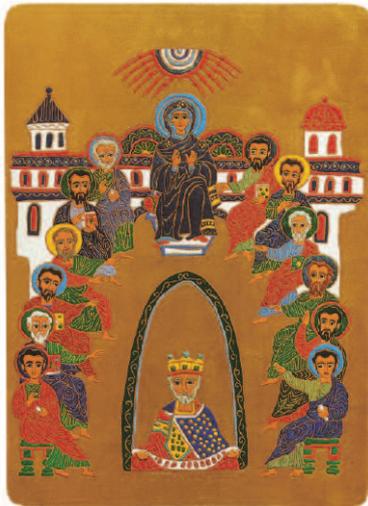
Jesús murió de verdad. Lo enterraron, pero Dios lo resucitó de entre los muertos. Se apareció a los suyos, quienes han dado testimonio de que Él vive como Señor de la gloria. En esto creemos, esto es lo que anunciamos y de esto vivimos.

Esto también va contigo. Tú le perteneces y te aguarda la misma suerte de la que ya goza tu Señor. Tú formas parte de una multitud de hermanos, con los que el Primogénito ha querido compartir su herencia. Alégrate y ten esperanza.



© CENTRO RUSIA ECUMÉNICA [Roma/Italia]

NOVENA ESTACIÓN: ESPÍRITU SANTO

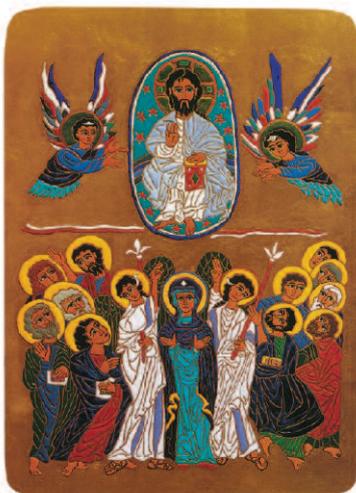


© CENTRO RUSIA ECUMÉNICA [Roma/Italia]

Vuelto Jesús al Padre, sus discípulos –acobardados y tristes– se encerraron. La llegada del Espíritu cambió de raíz la situación. Llenos de alegría y dispuestos a dar la cara, salieron a la plaza pública a ser testigos del Evangelio.

Me dices que vives tu fe sin alegría, con los hombros caídos y que vas escondiendo por la calle tu condición cristiana. Si le dieras una oportunidad al Espíritu, serías más evangélico y, en consecuencia, mejor evangelizador.

DÉCIMA ESTACIÓN: MISIÓN



© CENTRO RUSIA ECUMÉNICA [Roma/Italia]

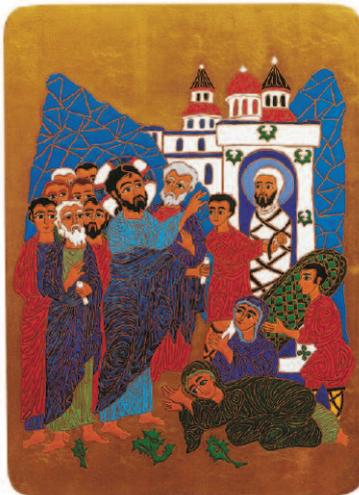
Antes de volver al Padre Jesús dejó a los suyos la misión de ir por todo el mundo, predicando el Evangelio y bautizando a todos los que se adhieran a la fe. Éste es el mejor servicio que la Iglesia puede prestar al hombre de todos los tiempos.

Andando el tiempo la misión de la Iglesia también te alcanzó a ti: creíste en el Evangelio y te bautizaste. En tus manos queda ahora que sean otros los que hoy se beneficien de la salvación de Jesús. No es una opción, es una vocación.

UNDÉCIMA ESTACIÓN: VIDA

Uno de los amigos de Jesús se llamaba Lázaro. Cuando éste murió, Jesús lloró, hizo duelo por él y consoló a los suyos. Al resucitarle, devolviéndole la vida, quedó de manifiesto que ante Jesús, el Señor, la muerte no tiene la última palabra.

Te puede extrañar que los que hoy somos de Jesús nos tomemos en serio la muerte, lloremos y nos consolamos entre nosotros. Pero lo hacemos llenos de esperanza en que Jesús nos resucitará y nos dará una vida nueva: plena y eterna.

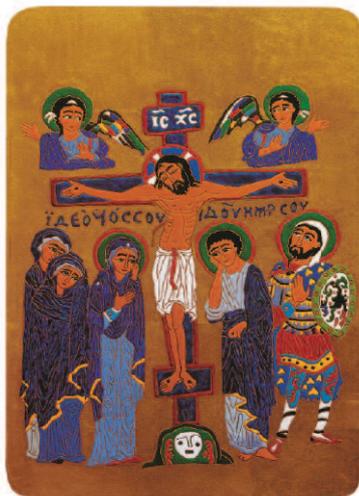


© CENTRO RUSIA ECUMÉNICA [Roma/Italia]

DUODÉCIMA ESTACIÓN: CORAZÓN

Dios es Corazón. Aunque las palabras se queden cortas, no la vamos a encontrar mejor a la hora de definir a Dios. Corazón, no de piedra sino de carne, que pasó por el mundo haciendo el bien y curando a los oprimidos por el mal.

También Dios es Corazón para ti. Permite que Dios te lo demuestre, dándote la alegría de dejarte perdonar por Él y dándote la oportunidad de ser bueno contigo. Si te dejas querer por Él, le harás a Dios muy feliz. Y tú descansarás.



© CENTRO RUSIA ECUMÉNICA [Roma/Italia]